

Dureza de las palabras que no existen ***Poesía Reunida de Rosabetty Muñoz***

por Adriana Valdés Budge

*Texto leído en la presentación del libro *Poesía Reunida* de Rosabetty Muñoz, publicado por Ediciones Tácitas. La actividad se realizó en el Centro Cultural Palacio La Moneda el 12 de diciembre de 2024. Hablaron Raúl Zurita, Adriana Valdés y Jaime Bristilo Cañón (editor), y la autora hizo una lectura de poemas.

Rosabetty Muñoz es una persona que por propia decisión vive y trabaja en Chiloé, pero que es conocida, admirada y respetada a nivel nacional e internacional. Poeta y profesora, como Gabriela Mistral, la hemos escuchado decir que encontró en ella su primer modelo, tanto literario como de vida. Las dos vertientes mistralianas, la de la lengua poética y la de la dedicación preferente a la educación de los jóvenes, convergen en ella con una altura, una dignidad y una inteligencia que le hacen honor a quien escogió como maestra.

Rosabetty Muñoz ha recibido numerosas distinciones nacionales, entre ellas el Premio Altazor 2013 por la antología *Polvo de huesos*, publicada en Santiago por las Ediciones Tácitas, el Premio Consejo Nacional del Libro de Chile 2002 a la mejor obra inédita, el Premio Pablo Neruda 2000 por el conjunto de su trabajo, además del Premio Regional de Arte y Cultura de la Región de Los Lagos 2012; Premio Altazor 2013.

Me permití vaticinar hace diez años que esta lista de honores seguiría creciendo tanto en el tiempo como en el espacio geográfico. Creo que ha llegado la hora en que su poesía sea leída más ampliamente: creo que los lectores de Chile y de fuera del país tienen ahora más elementos para comprenderla mejor y para sentir la necesidad de una poesía como la suya. El Premio Iberoamericano Pablo Neruda, antes otorgado a grandísimos poetas de nuestra América, hoy apunta a extender la lectura a todo el continente y más allá.

Interesa y conmueve la profunda relación que tiene Rosabetty Muñoz con la tierra de la cual proviene. A diferencia de la Mistral, Rosabetty no sólo nació y se crió en un lugar de Chile, sino que además eligió radicarse allí donde nació. En su caso, en Chiloé (y se crió en muchos lugares de Chiloé, debido al trabajo de su padre).

La he oído decir que lo hace por la calidad de vida; que su obra poética esta "vinculada estrechamente a la circunstancia vital" y busca tener "repercusión, consecuencia visible en el medio". Ser chilota es, en su caso, "tener un oído fino para registrar las voces que emergen de su Ancud natal", observó el poeta Manuel Silva Acevedo, cuyos "lobos y ovejas" parecen asomar en los primeros libros de Rosabetty, ahora en otra geografía y en otro tono.

Ser chilota es también, en su caso, hacer una poesía que es el registro de una reserva, de un tesoro. Pensamos por cierto en las formas lingüísticas, en los usos, que recogen y revitalizan ciertas voces ya arcaicas en otras latitudes. Pero, leyéndola, pensamos también en una reserva y un tesoro de pensamiento, de imaginación, de fabulación, que un mundo en vertiginoso cambio corre el riesgo de perder. Hay un espesor vallejiano (lo señaló el poeta Sergio Mansilla), un habla que fuerza el decir de esta poeta lúcida, crítica y dolorida. Por eso es capaz de hacerse cargo no sólo de lo luminoso - la solidaridad, la particular relación amorosa entre la muerte y la vida, la magia de las creencias y de una cierta relación con la naturaleza, una "realidad llena de poesía" - sino también de lo oscuro y lo terrible. "Ahora no es tiempo de amarrar la lengua", dice uno de sus poemas, tan duro que no me atrevo a citarlo delante de ustedes.

Se ve con claridad que radicarse en Chiloé, en vez de hacer "carrera literaria" en otra parte, no es sólo una decisión consecuente. De ella depende además en gran medida el carácter propio de esta poesía, en que la sensibilidad poética de la autora sintoniza con muchas voces de la isla, presentes y fantasmales, recordadas y olvidadas. "Todavía tiene mucho sentido nuestra palabra en el sur de Chile", dijo ella en una entrevista. Habla de "nuestra" palabra, la palabra de los poetas del sur. Para ella, la poesía desde la temprana juventud fue "un espacio de encuentro, una celebración constante", que se encarnó en grupos mientras estudiaba en la Universidad Austral. Un coro de voces, de voces del sur, que cada una aporta su parte de experiencias complejas, llamada a enriquecer, a sacudir, a sobresaltar las ideas recibidas sobre la poesía chilena. Llamadas, también, a sacudir a un "centralino animal indiferente".

Aquí, la consideración sobre la poesía de Rosabetty Muñoz se entrelaza con su trabajo de profesora, o, como se dice cuando el aprecio es todavía mayor, el de maestra. Ella ha escrito: "He ido a colegios donde ojos y rostros vidriosos parecen no reflejar más que un charco interior y, sin embargo, al calor de un encuentro afortunado, de poesía comunicante, se inicia ese chisporroteo

del alma que se enciende." Ha hecho muchos talleres a lo largo del tiempo, para iniciar en ese "chisporroteo del alma". Generaciones de jóvenes, redes de poetas, constelaciones de voces, han pasado por esos talleres.

Sentimos que hay en esas experiencias una riqueza que la famélica educación chilena necesita y que hasta ahora le resulta inalcanzable. La de Rosabetty ha sido una práctica, una manera de hacer que sorprende y sacude al "centralino animal indiferente". Tiene otras. Los talleres han acogido la soledad de niños y jóvenes de Chiloé, ajenos ya a los antiguos tiempos de sociabilidad y a las familias extendidas. "La escuela pasa a ser su casa". En los talleres, se abre la posibilidad de ver "realidad llena de poesía". Tal vez de volver a pispar una cosmovisión más generosa que la actual, y también más mágica. Acoger a jóvenes y niños, invitarlos a leer y sobre todo a escribir, hacer el ejercicio de la poesía, es responder también a las particulares formas contemporáneas del sufrimiento y de la soledad. En eso también es chilota Rosabetty Muñoz. La cito una vez más: "la compasión, como la aprende uno de chilota, no es una actitud de superficie, sino que la desgracia ajena agrade el propio estar".

El mujerío, palabra mistraliana que revive desde tiempos, lugares geográficos y lugares sociales diferentes, aparece en la poesía de Rosabetty Muñoz tomando la palabra desde los más oscuros lugares, desde los secretos, desde los crímenes ocultados, desde el desamparo también. Me cuesta escoger, pero tal vez me quedo con dos grupos de poemas. Los estremecedores textos de "En nombre de ninguna", del año 2005, poemas que son pedazos de una narración que es de nadie y es de muchísimas mujeres. "Hay que hablar del miedo", dice, "y de la descomposición de la memoria." De los muchos crímenes y desgracias que las mujeres ocultan por generaciones. El abandono, el maltrato, las violaciones, los abortos, la explotación sexual: también eso es parte de esa palabra, el mujerío.

Me quedo además con el libro "Ligia", en que la voz poética es por una parte seducida y por otra invadida por la de una mujer chilota, amiga, que estuvo en la presentación que hicimos del libro en la Universidad de Chile: Ligia vivió la vida en el exilio. La fuerza y los matices, los pliegues delicados de la desgracia ajena, que para Rosabetty agrade el propio estar, hicieron una obra sorprendente:

Tu lengua en mi boca

Dureza de las palabras que no existen

Lengua y lengua

Furiosamente entrelazadas

Este libro y gran parte de la poesía de Rosabetty es resultado de la “dureza de las palabras que no existen” (siempre se ha tratado de eso la poesía). De eso y además, en este caso de la enorme capacidad amorosa que ella es capaz de exigirle al lenguaje poético. Amar no es solo un “amargo ejercicio”, como decía la Mistral. Amar puede ser también un tremendo ejercicio de pliegues, de ranuras, de recorridos amorosos, que, además de denunciar, y acusar, más que nada conoce.

Es también el despliegue de luces
En las islas de canales tan angostos
Donde un barco, más que navegar,
Acaricia.

Muchas gracias.